



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

JOSÉ MARÍA DE LA ROSA

Por José Manuel Martín Fumero

Breve introducción

En la poesía canaria del siglo XX, José María de la Rosa es, sin duda, una de las voces más singulares. Esta singularidad tiene dos ejes vertebrales: por un lado, su mirada atenta y vigilante ante los acontecimientos que rodearon su vida y con los que siempre mantuvo una distanciada perspectiva crítica, aspecto este que, a nuestro juicio, se reflejó tanto en cómo daba a conocer su producción poética cuanto en los artículos que publicará en «Gaceta Semanal de las Artes» y en el rotativo *El Día*; y, por otro, su constancia y sólida concepción del propio hecho poético, pues siempre fue fiel en toda su producción literaria a un ideario, el surrealista, que *oscureció* con una rica variedad de matices su palabra poética, signada siempre por su carácter visceralmente humano y por su apasionada trascendencia existencial.

Quién es

José María de la Rosa y López-Abeleda (1908-1989) nació en Madrid. Con ocho años vino a las islas, donde estudió Bachillerato y se instaló con su familia en la calle Barranquillo de la capital tinerfeña. La *casa azul*, denominación que da a su hogar en algunos artículos aparecidos en el periódico *El Día* entre 1977 y 1979, será lugar de encuentro con muchos de sus compañeros generacionales, con quienes compartió arduas discusiones sobre arte, literatura y política; así, por ella pasaron Eduardo Westerdahl, Pedro García Cabrera, Domingo López Torres o Domingo Pérez Minik, entre otros. Es aquí donde despertaron sus primeros *afanes* intelectuales.

Pero es sin duda su hermano Julio Antonio su primera referencia creativa, como el propio José de la Rosa reconoció. Tras la muerte de aquel en el puerto de Santa Cruz una noche de agosto de 1930 –el mismo año, por cierto, en que nuestro poeta gana por oposición en Madrid, un puesto como funcionario de Hacienda-, se propuso continuar su labor literaria.

Precisamente con Julio Antonio asiste a las reuniones del grupo *Pajaritas de Papel* entre 1926 y 1928. José de la Rosa señaló siempre una suerte de continuidad entre la actividad de este grupo y revistas como *Hespérides* (1926-1929), *La Rosa de los Vientos* (1927-1928) y *Cartones* (1930), proyectos a los prestó atención desde la distancia. A principios de los años 30 se encuentra como secretario del Ateneo de Santa Cruz, que estaba bajo la presidencia de Agustín Espinosa; y en



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

1935 sustituye en *Gaceta de Arte* a Pedro García Cabrera como secretario de esta publicación. En este ambiente asiste, como testigo de excepción, tanto a la exposición sobre Óscar Domínguez que se celebra en el Círculo de Bellas Artes de Tenerife (1933) y, en 1935, a la muestra de arte surrealista celebrada en Tenerife.

Todas estas inquietudes ya citadas conviven con sus inquietudes políticas: en los albores de la República formó parte de las Juventudes de Tenerife de *Acción republicana*, primer capítulo en el mundo político al que siguió la fundación del semanario *Izquierdas*. Años más tarde participará, con algunos compañeros de esta propuesta política, en *Izquierda republicana*. Todo este cúmulo de vivencias hace ver que José de la Rosa se sentía parte de un momento históricamente trascendental

Pocos años después de acabada la guerra civil, marcha a la Península, y no regresará a Canarias hasta la década de los sesenta, entrando a ser colaborador, junto a algunos de sus compañeros de *Gaceta de Arte*, en «Gaceta semanal de las Artes» (entre 1956 y 1966), suplemento cultural del periódico *La Tarde*; aquí publica poemas, reflexiones y algunos textos en prosa. En 1966 la editorial paralela a este suplemento edita su única obra publicada, *Desierta espera*, donde se recoge la mayor parte de su obra lírica hasta la fecha. En la década siguiente colabora en el periódico *El Día*, y en los ochenta participa en el periódico *Jornada*.

Valor y significado de su obra

POESÍA

La *veta surrealista* es el cauce de expresión que mejor enhebra el carácter profundamente dramático y turbio de la poesía de José de la Rosa. Sus avatares vitales, entre los que sobresale la temprana muerte de su hermano, trazaron un perfil escritural lleno de nubarrones. Animado por aquel, comienza a escribir sus primeros textos, de corte romántico, en 1926; en ellos el propio José de la Rosa señaló la influencia de sus primeras lecturas de juventud (Bécquer, Zorrilla y Espronceda), a las que, guiado por su hermano –a quien el mismo tildó de «mi camarada y mi maestro»-, siguieron las de Machado, Unamuno, Juan Ramón, Salinas, Lorca y, muy especialmente, Aleixandre. Estas lecturas robustecieron su concepción del hecho poético; a pesar de ello, nunca dejaron como secundaria una voz profundamente personal.

Si con anterioridad hemos hablado de que era un poeta singular en cuanto a la forma en que daba a conocer sus textos, ello obedece a que comenzó a publicar de manera ciertamente tardía. Es,



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

precisamente, en *gaceta* donde publica su primer poema, «Ante la anatomía de Picasso» (nº. 37, marzo de 1936). De 1936 es también su primera obra, *Íntimo ser*, libro donde se aprecian con facilidad la huella de los poetas del 27 y los primeros destellos de surrealismo. A este primer libro le sigue *Vértice de sombra*, que iba a ser publicado por *Gaceta de Arte*; lamentablemente, el estallido de la guerra hizo que este proyecto no cristalizara en libro, pues el original de esta *plquette* surrealista se perdió. Tras la contienda, José de la Rosa reconstruirá su escritura en 1940. Sin duda, *Vértice de sombra* supone, junto a *Crimen*, de Agustín Espinosa (1934), *Dársena con despertadores*, de Pedro García Cabrera (1936), *Enigma del invitado* (1936), de Emeterio Gutiérrez Albelo y *Lo imprevisto* (1936; inédito hasta 1981), de Domingo López Torres, una de las referencias líricas fundamentales del movimiento surrealista en Canarias. Este poema, distribuido en 21 fragmentos, se configura como una suerte de ecos de ausencia y diálogo de silencios que palpitan en la atmósfera onírica y desatada del surrealismo.

Pero la guerra no supuso para José de la Rosa un abandono de su diálogo con la palabra pues, desde el silencio y la reflexión, siguió escribiendo de manera incesante. Prueba de ello son algunos poemarios, que no se publicaron hasta 1966, como *Ausencia* (1945) -donde se dan cita el sufrimiento, la soledad y la agonía de sentirse vivo- y *Viento o muerte* (1950), obra de título alexandrino con la que el poeta bucea en las ciénagas oscuras de su más remota intimidad.

En 1966 se publica, con un prólogo de Domingo Pérez Minik, *Desierta espera*, que representa, hasta ese momento, su obra completa; junto a los libros poéticos citados, aparecen *Amor en el tiempo*, *Mundo y gentes* y *Paisaje*, volúmenes que, en contraste con los anteriores, poseen una tonalidad más evocativa y, en el caso de *Paisajes*, los poemas son de corte más descriptivo.

RELATOS Y ENSAYO

Entre 1945 y 1964 José de la Rosa vivió fuera de su isla natal. Es en este momento cuando inicia sus colaboraciones en distintos rotativos de las ciudades en las que vive y trabaja; así, colabora el diario de Teruel *Lucha* o en *Información*, de Alicante, entre otros (también colaboró en *El Universal*, de Caracas). De su escritura en prosa despuntan los textos que publica con cierta regularidad en el suplemento del periódico *La Tarde* «Gaceta Semanal de las Artes» desde 1956; en ellos podemos encontrar en varias series (como las tituladas «Evocaciones», «Postal de Madrid» o «Postal de Andalucía») desde relatos costumbristas hasta crítica literaria y, por supuesto, algunos



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

adelantos poéticos de libros no publicados hasta ese momento que no aparecerán hasta la edición de *Desierta espera*.

En la década de 1970 José de la Rosa aparece como colaborador del periódico *El Día*, colaboraciones que comenzaron a producirse, de manera esporádica, desde 1968. Entre estas hay que destacar las tituladas «La República, el Ateneo y *Gaceta de Arte*» (publicada en cuatro entregas entre julio y noviembre de 1977) y «Aventuras y desventuras de la casa azul» (en siete entregas entre julio y agosto de 1979).

Bibliografía

OBRA DE JOSÉ MARÍA DE LA ROSA

Desierta espera, ediciones de 'Gaceta Semanal de las Artes', Imprenta de Pedro Lezcano Montalvo, Las Palmas de Gran Canaria, 1966.

EDICIONES

Eclipse de círculo, edición, epílogo, notas y selección bibliográfica de José Manuel Martín Fumero, ediciones Idea y *La Página*, Santa Cruz de Tenerife, 2009.

SOBRE JOSÉ MARÍA DE LA ROSA

A.A.V.V., «Visita a José María de la Rosa», *Jornada Literaria*, nº. 35, suplemento del diario *Jornada*, Santa Cruz de Tenerife (1 de agosto de 1981).

MARTÍN, Sabas, *José María de la Rosa*, colección «La Era de *Gaceta de Arte*», Gobierno de Canarias, 1993.

MARTÍN FUMERO, José Manuel, «José María de la Rosa, la última voz del surrealismo en Canarias», en *Las otras voces de la lírica insular de vanguardia*, (Tesis doctoral dirigida por Isabel Castells Molina), La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna (Soportes Audiovisuales e Informáticos), 2010, pp. 522-680.

MARTINÓN, Miguel, «Alrededores de una literatura», en *La escena del sol*, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas, 1996, pp. 41-78.

PARIENTE, Ángel, «Una tarde en Tenerife», *Renacimiento*, nº. 3 (1989).

SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés, «José María de la Rosa: un recuerdo», *La Gaceta de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife (2 de marzo de 1990).



Selección de textos

Ante la «anatomía» de Picasso

El huevo fecundado en la curva de una matriz estética
es como loco grito en la distancia gris o
cisne que dormido, extravió sus huesos;
y la sonrisa de la graciosa fuente,
con sus desperezados brazos, con ojos en el tórax,
vientre o rostro,
con los desnudos pies sin dedos ni uñas,
guardando el equilibrio en la goma de una sombra a rayas,
es como río escondido en sus propias orillas,
de dientes regulares y estratégicos.

Ved la serenidad del pene joven, correctamente torcido
y estudioso, al que ofrece alimento una esposa sin falda,
con importancia de retórico medieval o escarabajo, que se contonea
-dignamente-, con su velocidad de ancas en pico.
Su cuello conserva unas lamentables huellas de chimenea
sin teja o ladrillo difundo
y al fondo todo de un paisaje en la pantalla de cines paralíticos.
O aquel jazz-band frenético, que servidos sus senos
en un plato, trata de devorarlos febrilmente, de reajo,
acechando una seta con cuernos,
que desfallece con distinción de rumba o borrachera.

Los muslos tiernos, partidos por la justa rodilla,
como raíz de muela agonizante, sostiene un ombligo
que de mirar con amarilla pena,
conmueve al triste clavo, zambo, tristísimo
con el cuello suelto.

Junto a este clásico capitel, que es manco,
un casco de limón con alfileres
como una carabela que vuelve a navegar entre coches
y radios,
con la firma mesana de rosas de polilla,
sondeando el espacio con sus patas deformes,
vigas, como borquillos tostados y chasqueantes.

Ante la silla siglo XVIII, como ángel o
enamorado tísico perdido, siento la tentación de acomodarme
y guardar el paquete de recuerdos
y subir y bajar en rueca deliciosa que mueve el lino
de cabeza blanca,



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

hospedarme en el feudal castillo al as de copas
y dejar
que la obscena mujer de juegos prohibidos
acuda a la batalla de los sexos
que ha promovido el águila o paleta de tréboles y anteojos,
ante los dos amantes que son melocotones, champagne o cataratas,
risas o tierra sin nombre.

De vértices redondos,
con un cráneo suspenso
la esbelta guillotina de rodillas infladas,
como senos repletos de existencias,
amenaza al esófago –zepelín naufragado-,
entre la indiferencia o
el acero –tornillo de redondo hachazo en el cerebro-,
mientras las púas circulares como huesudos traseros
dejan al aire blanco,
la firmeza de una invisible pantorrilla
escrutando las terrazas vírgenes, pobladas de triángulos,
con solo una vaina
desconsuelo de alondras y naranjas; de dedos enguantados
que se hundan en firmes y geográficas esferas.

Con el libro entornado entre los flacos miembros
la dama, abanicando una sospecha
se inicia en la dulzura de un vino de asteroides
que le ofrece el jinete
en la tarjeta de sus globos colgantes y gemelos...

Jardines, macetones, pecheras de camisa,
reverencias y culpas –maniqués de nervios-,
Anatomía de Pecados. Justos,
llegamos al final de un beso hueco
como una nota de yerto celuloide.

DE ÍNTIMO SER

CON una sola mano en alto,
espadas que destrozan las nubes por lo cierto,
con sus brazos de leche,
que, como serpientes yertas
resbalan besando la sangre rota,
amortajada al viento.

Y sus cabezas escuálidas
dudan en el mar las dudas de las olas,



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

cuando el agua está blanca.
Y acuestan el perfil de no ser nadie
en carnes azotadas de astillas rojas,
con vigor de plomo.

Se extravían las voces torcidas o distantes
y sus alas de acero tembloroso
abatén traiciones, anuncios y pájaros...

Espinas encendidas
clavan mis ojos
frente a las distancias...

SOL de mañana nueva sobre mis azoteas,
en torno de mis ojos, alientes, entreabiertos
de vivir otra vez, luz fija, inalterable
en el cristal ardiendo de las aguas en pecho,
ahora espejo de velas blancas, péndulo casi muertos,
en el desierto azul, donde una voz de viento,
que sacude sus venas, da a las olas que crujen
la vibración del ala.

El pueblo ha despertado tarde,
porque hoy es fiesta, y apenas si distingo
los rumores de vida, de aquí, de donde siempre
me rodean los sueños, más despierto que nunca,
en tensión vigilante, acechando mi angustia
con una fecha ingrata, acaso como olvido
de un cariño latente, algo que siempre en todo,
no es un olvido más.

Y observar mis pestañas llenas de mar temprano,
este día de Enero –Invierno, blanco el sol.

Son las diez y palpita entre mis pensamientos
uno frío y redondo que me hierve en la mano,
aquí junto a la frente, encerrada en mis dedos;
pensar en ese día, cuando la verde hierba
dio al aire sus cabellos en un principio, vida
que destruyó el silencio rompiendo en alegrías
de bosques y de ríos, para ser en nosotros
lágrimas, hielo en gotas de sudor permanente,
de lucha entre el deseo y ese fin que se oculta
en el espacio límite de nuestro escrutar ciego.

Yo quisiera algún día con mis labios torpísimos



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

y mis ojos helados en quietud de cristal,
beber sediento luz, quemarme las entrañas,
los nervios, los cabellos en tu oculto secreto
y despertar, ausente y olvidado, de este vivo dolor
de tierra inmensa.

DE VÉRTICE DE SOMBRA

EN vertical descenso

camino hacia la cumbre de los meses que existo,
a rincones polares, que no conocen huella,
en mi ruta de copos y planicies dormidos,
clavo la luz cansada
en un cruel epílogo de grises mecanismos.

En mi oscuro destino
romper crujientes témpanos,
como huecos corazones,
como lápidas y trajes enlutados
como labios inertes,
y trasladar los árticos, desgarrados, furiosos
para filtrar su imagen secuestrada y deshecha
entre árboles y cúpulas de hielos archivados.

Un giro violeta de ligeras escarchas
brota de la montaña, en espejo arrugado
como hoja de perdido almanaque sin número
que flota en caudaloso velo de incertidumbres.

A través del espacio, vaga tierra agotada
—ojo lentísimo, descompuesto y turbio
como negro cristal o viva lumbre.

DE mis labios emigra una tromba violenta

y sangra la montaña, que descubre rasgada
la centella fugaz,
pisándose la nieve con los árboles secos
como crestas de mar, que se revuelven sordas
sin poder destruir la piedra
que es ensayo de colores deshechos.

Se disuelve el espacio
en su fondo de acero
las palabras-escamas brillan en una voz.

Hay tragedia en los mares



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

en su seno tranquilo donde los resplandores
disfrazan el coral,
atónita, la estrella busca el charco olvidado
o la sima insondable,
retiembla el zumo fijo de la escarcha fundida
y en el lejano monte abrazado de humo,
el árbol de rodillas, rinde su cuerpo al fuego.

Cuando sombra y silencio duermen en los planetas
y vuelvo a mi retiro para vagar perdida,
el estertor que agobia las cosas y los hombres
es ceniza inmutable que no resbala nunca.

DE AUSENCIA

En los húmedos bordes del silencio
hallé un puñal de plata
signo de mi dolor.

Ya sé que las nubes sacudirán toda su ira
en mi cabeza.

Sé que los mares tratarán de mecerme
en su fondo de espejo, como a un niño llorando.
Y seré una desdicha, una plena desdicha,
viviendo como un topo lento, ciego e ingenuo.
Contemplar solamente sin ver nada,
escuchar sin oír,
velar soñando,
interpretar las cosas sin sentido
creyendo que los siglos son estrellas;
el viento calma, y la vejez sonrisa.

Así todo confuso y confundido
será dulzura virgen mi existencia,
podré gozar a sombras
y huracanes
y despertar más tarde en otra orilla,
en un mundo de calma inextinguible.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

DE *VIENTO O MUERTE*

¡Qué lucha en sombra ardiendo!

¡Qué absurdo este destino
de equis contadas, añorando
luz blanca, libertad, vida plena!

Qué deseo total de adivinar mi ruta
cierta, segura,
que sin vacilar rompa la espuma,
la piedra o el fuego.

Saber que mi destino
es el fondo del mar
-donde durmió mi arrebatado hermano-
ruta de arena y coral
tumba violenta –ahora vacía-
porque su cuerpo es brisa de ciprés,
aire de tierra.

Él buscaría seguro su fin
entre los peces de ojos maravillosos
y respirar de nácar
para dormir entre ellos dulcemente
con pulpos y aguas-vivas de carne luminosa
como saladas luciérnagas.
Él, entre las caricias de una existencia impar,
con la sangre trocada en agua clara y triste.
¿Emigraría su alma a los turbios planetas,
o anda aquí entre mis dedos?

Mi pesar se extravía, como burbuja de aire.
Todo mi ser, cabellos, uñas, ojos, los entrego
a este pensar en él,
a este pensar en mí.
¿Por qué no te quedaste en la orilla?
¿Por qué?
Ya hubiera yo trocado tu marcha
con la mía, y huido rápido
como el mercurio que resbala,
como la seda hecha falda,
como el aceite que se escurre silenciosamente.

No me importa mi ruta. Ya no me importa.
Aquí está el sol. Ya basta.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

DE PAISAJE

Era mi patio así –aquel patio entrañable-
amigo de los niños y los gatos,
con su cuadrado sombrero azul al medio día,
o acaso, tocado por una gasa gris flotante y fresca,
cuando el invierno –cuidadosamente-
hilaba brumas con sus dedos nublos,
por las altas montañas de mi isla.

Mi patio era un rincón entre losas y musgos
hasta que el sol nos visitaba atentamente;
y a su puesta, unos grillos alegres –mis amigos-
se frotaban sus alas musicales
acampando entre plantas y rendijas.

Hoy recuerdo la voz de hueco barro
que al viejo bernegal cantaba triste
la gota temblorosa, dulce y queda,
puntual, como de huérfana una lágrima.
Y en la piedra panzuda, el culantrillo
espeso, verde, fino, tierno, fresco.
Colgado el jarro, de hojalata y pinchos,
a cadena perpetua condenado,
tras su reja de madera oscura,
reloj de agua, destiladera humilde.
¡Qué sed por mi garganta en esta hora!

De una orilla el placer, de otra el terror,
la noche era en mi patio sortilegio y misterio
cuando la luna llena florecía
en las más altas ramas del magnolio;
cuando una red de sombras bordaba a nuestro paso
con luces claras
un suelo tembloroso e impalpable.

Era mi patio así; mi mente colegial
lo mantenía en su memoria, tensa y agitada:
un trompo, un perro, unos boliches rojos
en su marco de cal, de árbol y de escaleras;
mientras gruñía cerca un puchero oloroso,
y la mazorca asada, me tostaba de aroma los pulmones.

Se abre la puerta al fondo,
una lengua de luz guiña su ojo y se eleva el pregón



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ MARÍA DE LA ROSA, POR JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO

¡pasteles calentitos y dorados!

El patio de mi casa ya no existe.
Aromas y palabras, pregones y paisajes,
han juntado sus manos con las mías
en la estrella encendida del recuerdo.

Esta noche estoy solo entre tus muros.